

DOS MODOS DE LA SOLEDAD

en la narrativa uruguaya

por ARTURO SERGIO VISCA
Premio Nacional de Literatura 1972

ARTE Y VIDA

En opinión de Federico Nietzsche, uno de los modos más fértiles de acercarse a la obra de arte es enfocarla con la óptica de la vida, y, correlativamente, nada mejor para **ver** en profundidad la vida que mirarla con la óptica del arte. La observación es, a la vez, penetrante y exacta. En efecto: el arte, aun de índole más antirrealista o fantástica, halla siempre su sustancia nutricia en la realidad o la vida, y la vida es siempre también, de alguna manera, una expresión estética, aunque su tono se module desde lo cómico a lo trágico. Por consiguiente, es necesario, ante la obra de arte, no olvidar su relación con la vida, y ante la vida, no prescindir de lo que tiene de espontánea creación estética. En los apuntes que siguen, se intenta, precisamente, enfocar con la óptica de la vida a algunos personajes, muy representativos, de la narrativa urugua-

ya. Esos personajes, aunque difieren esencialmente entre sí, se hallan, sin embargo, vinculados por algunos trazos que les confieren, es posible expresarlo así, un aire de familia. Esos trazos comunes provienen de que todos sienten su vida como una sustancia hecha **fundamentalmente de soledad interior**. Esa forma de soledad que no excluye la compañía de otros seres humanos y que puede sentirse de modos muy diversos. Se la siente, a veces, dolorosamente, como el jugo de un fruto amargo o como una angustiante sensación de aislamiento afectivo con respecto a los otros seres; se la siente, en ~~otras~~ ocasiones, como un modo pleno de la dicha, cuando no impide sino que potencia la comunicación afectiva con la realidad inmediata.

CONCIENCIA CLAUSURADA

En uno de sus cuentos más hondos, **Todavía no**, incluido en su libro **Raza**

ciega (1926), Francisco Espinola muestra, a través del personaje protagonista, Vicente, un ejemplo de desoladora soledad interior comunicante. El cuento es muy rico en contenidos. En él, con muy variados matices, se construye morosamente al personaje principal y se crean, a través de distintas intensas situaciones, otros varios personajes destinados, mediante un sutil juego de oposiciones, a profundizar en la vida interior del personaje protagonista. El cuento es, por lo tanto, muy complejo e imposible de analizar críticamente en pocas líneas. A los fines de este apunte, sólo es preciso señalar un aspecto sustancial del personaje. Este es presentado inicialmente en una situación vital límite: el momento en que se procede al entierro de su madre, cuya muerte es, para Vicente, una revelación: la de esa soledad interior que es la sustancia de su vida. La madre era su vínculo con el mundo. Muerta ella, sólo le es posible recorrer, ensimismado, sus propios caminos interiores. Desde entonces, Vicente queda como encerrado en sí mismo. Hay en él una ternura intensa que quiere aflorar y derramarse sobre los otros y hay, asimismo, un deseo, casi angustiante, de religarse al mundo. Pero no puede. Queda náufrago en su propia vida, como ahogado por una tremenda fuerza de mutismo contra la que chocan los *desesperados esfuerzos de acercamiento* de los Ibarra, que eran con Vicente "como hermanos". En ese acercamiento dentro de sí, Vicente procura ver claro dentro de su alma y no lo logra. Sentimientos oscuros, casi inefables, lo conmueven: "En su alma sentía a veces temblar cosas extrañas que no caían apresadas por el sentimiento. Las veía, en el borde mismo, asomarse, balancearse y retroceder. Había días que sentía más claramente sus subidas y bajadas. A veces, podía pensar con firmeza y aproximarse a aquel

abismo de su alma: pero, al rato, un manto oscuro y pesado le cerraba el pasc..." Las fuerzas de la vida siguen su avance en torno de Vicente y él no puede seguir las. Hundido en su soledad interior, la vive suave, tierna y dolorosamente como una "felicidad triste" que le adormece el alma. Es, pues, la de Vicente, una soledad hermética. La soledad de una conciencia a la que parece vedada toda relación efectiva de comunicación con el mundo. Y es, por lo mismo, una conciencia angustiada. ¿Desde qué hondas raíces existenciales crece esa soledad tremenda? En su cuento, Espinola da las pautas que permitirían una respuesta. No descenderé aquí hasta esas raíces. Pasaré a la consideración de otro personaje de la narrativa uruguaya muy disimil a Vicente pero que, aunque en otra forma, vive también una vida cuya sustancia está hecha de soledad interior.

DESARRAIGO

Juan Carlos Onetti instaura con *El paco* (1939) la piedra angular de su edificio narrativo. En esa breve obra, da vida a un personaje, creado con mano maestra, que muestra, como filtrados para obtener su más secreta sustancia, muchos rasgos del rioplatense. Ellos, cuando se dan reunidos en un solo ser, constituyen un tipo humano muy característico, el desarraigado, cuya sustancia está hecha también de soledad interior, tal como quedó dicho antes. Ese personaje es Eladio Linacero, el protagonista-relator de *El paco*. ¿Cómo y en qué forma ejemplifica Eladio Linacero al desarraigado?

La vida es convivencia. Y convivencia es una especial relación de cada vida humana y su contorno. Pero, contrariamente a lo que a veces se afirma, el hombre no es un producto del medio, sino que se configura como una

respuesta al medio en que se halla. Por eso, el signo que caracteriza a cada ser humano en su comportamiento se encuentra en la respuesta que da al medio que ineludiblemente lo ciñe. En el caso de Eladio Linacero, ¿cuál es esa respuesta? Su respuesta es negativa. La realidad le es sordida; la vida, inválida; el contorno, turbio. Para él, tal como canta la letra del tango, "el mundo es y será una porquería". Y, por consiguiente, Eladio Linacero rechaza la realidad, la vida y el contorno. Aunque de un modo distinto, procede del mismo modo que el Vicente de **Todavía**, no: se incomunica, se hunde en sí mismo y encarnizadamente se introspecciona. Dos trazos completan su perfil psicológico. Eladio Linacero es, en primer término, un emotivo. Todas sus reacciones ante la realidad y la vida están determinadas por la emoción, incluso cuando reflexiona, pues su meditar no es nunca objetiva interpretación de lo externo sino lúcida exteriorización de sus reacciones emocionales. Eladio Linacero es, en segundo lugar, un imaginativo. Se refugia en ensueños que lo desplazan de la realidad. Sueños vividos en estado de vigilia y que tienen para él una acción narcotizante. Vive en estado de continua hipertrofia imaginativa y ese estado es la consecuencia de su necesidad de huir de la realidad (aunque la realidad, pérfidamente, se le cuele vuelta a vuelta en sus ensueños). Así, pues, Eladio Linacero vive una soledad interior desligante que empuja a su conciencia a clausurarse en sí misma. Todo contacto real con el mundo parece estarle vedado. Las raíces de su vida no penetran en la realidad ni en las otras vidas. Son raíces que están en el aire. Es, por consiguiente, un desarraigado. Y, también, un fracasado, ya que su vida no es más que una sucesión de fracasos: fracaso de sus ilusiones o ideales (él mismo confiesa: "hubo un mensaje que

lanzó mi juventud a la vida; estaba hecho con palabras de desafío y confianza. Se lo debe haber tragado el agua como a las botellas que tiran los naufragos"); fracaso en la amistad (sus intentos de acercamiento a Cordes, a quien admira, terminan en turbios desencuentros); fracaso del amor (separado de su mujer, Cecilia, escribe: "Como un hijo, el amor había salido de nosotros. Lo alimentábamos, pero él tenía su vida aparte. Era mejor que ella, mucho mejor que yo" y termina afirmando, refiriéndose a Cecilia: "Nunca pude dormirme antes que ella (...) Aún adorándola, era como dar la espalda a un enemigo").

SOLEDAD CREADORA

Una forma de soledad interior muy distinta se encuentra en otros personajes de la narrativa uruguaya. Es suficiente citar uno: Andrada, del cuento del mismo nombre incluido en el libro **Hombres** (1932), de Juan José Morosoli. Para el viejo Andrada las relaciones humanas casi no existen. Vive en un obstinado silencio y busca la soledad que es para él una dicha tranquila. Pasan a su lado los seres humanos, los compañeros de pieza pero se le van como "el agua de una cachimba maasa". ¿A causa de qué? "Cansados del silencio de Andrada. Nada más". En cambio, el viejo Andrada encuentra una deliciosa plenitud en la soledad del monte. En esa acariciadora soledad se hunde y la siente como un éxtasis. La soledad del monte es una soledad sedosa, poblada de minúsculos seres. Andrada iba al monte, escribe el narrador, "a quedarse vaciado, por las horas que hacían dar vuelta la sombra de los troncos, mientras que la brisa rozadora de las hojas movía las copas unánimes y los ojos se le iban poniendo pesados de mirar contra el cielo el vuelo de los bichitos". Andrada, que no tiene palabras para conversar

con los hombres, tiene un mudo lenguaje para conversar con el monte: **"Andrada y el monte se entendían en silencio. En el silencio hablaban solos"**. El monte le va entregando poco a poco sus secretos, volcándose en el alma y endulzándole la vida. Y el monte mismo parece adquirir un alma que se entiende con el viejo Andrada. Es como si éste hubiese insertado en aquél algo de su propia vida. **"El monte — escribe el narrador — se le entregaba como una mujer. Parecía esperarlo. Correr toda vida urgente y egoísta de su interior para quedarse escuchando cómo iba y venía despacito, juntando leña para el fuego del puchero, planchando a lomo de cuchillo varas de junco para hacer asientos de silla"**. Así, paladeando la soledad del monte — soledad llena de vida, con sabor de antigua amistad — se desliza la vida del viejo Andrada, hasta que una mañana lo hallaron definitivamente extendido: muerto.

Esta forma de soledad interior vivida por Andrada es, notoriamente, en todo opuesta a la ejemplificada por los personajes presentados antes. En el viejo Andrada, la soledad interior no es sumirse en sí mismo para incomunicarse con el mundo sino, por lo contrario, una forma de efectiva comunicación con la realidad. El viejo Andrada posee al monte y es poseído por él; hay entre uno y otro una simbiosis. Lo que caracteriza al personaje es ese equilibrio tan sutil entre lo exterior y lo interior. Aunque suene a paradoja, se puede afirmar que el viejo Andrada cuando se ensimisma se extrovierte y cuando pone su atención en lo externo se ensimisma. Su vida está constituida por un delicado entramado entre lo que fluye de lo interior de su alma y lo que al interior del alma viene de afuera. Su soledad interior no lo incomunica sino que lo religa al mundo.

En alguna ocasión afirmó don José Bergamín, refiriéndose a **Martín Fierro**, que en esta obra, como en otras de la literatura rioplatense, no había soledad sino desolación. La soledad interior del Vicente de **Todavía**, no y la del Eladio Linacero de **El pozo** son, en efecto, modos de la soledad que podrían denominarse **soledad-desolación** o soledad desligante. A esa forma de soledad interior se opone la del viejo Andrada que es una forma de soledad que podría llamarse **soledad-comunitaria** o creadora. Es la primera una forma de soledad que estrangula al ser, lo aísla del mundo y, al impedir el contacto cordial con el mundo externo, proporciona a quien la padece una *visión arteramente deformada de la realidad externa*. El mundo se le hace enemigo y no es visto tal como es sino como proyección u objetivación de los propios fantasmas interiores. Porque esa soledad interior nace de una peculiar medrosidad o cobardía: el miedo a lo real. Esa forma de la soledad interior es producto del esfuerzo por eludir la realidad y evadirse de ella dándole la espalda. Pero tal cosa es imposible: la realidad presiona siempre a la conciencia y el no querer enfrentar la realidad cara a cara sólo conduce a que lo real dé de sí una visión turbia y acongojante. Todo lo contrario, pues, a la **soledad-comunitaria** ejemplificada en el viejo Andrada. En él, la soledad es comunión. Es clara visión de lo real y, aún, visión poética (esto es: creadora) del contorno. Porque cuando desde el solitario recinto de la conciencia se tienden cordiales vínculos que la religan a lo real, cuando desde ese solitario recinto se contempla la realidad con coraje y sin recelos, la realidad ofrece nítidos sus perfiles y arroja de sí su hálito poético.